

dear de católicos, cuando en realidad procuran cuanto es de su parte el descrédito de la religión verdadera y coadyuvan á los fines de los impíos, combatiendo pretendidos abusos del catolicismo y calumniando á los Ministros de Dios.

La Iglesia no puede morir, pero ellos hacen lo que pueden para destruir el árbol, no arrancándole de cuajo, sino mutilando su tronco y destruyendo sus ramas.

La táctica es vieja y conocida. Todos los herejes empiezan por hacer firmísimas protestas de que no quieren separarse de la Iglesia, de que ante todo buscan el bien de ésta, de que sólo aborrecen á los que la desnaturalizan con sus exageraciones é intransigencias. Desde Arrio hasta Juan Huss, desde Juan Huss hasta Lutero, desde Lutero hasta Jansenio, han obrado así los mayores enemigos de la Iglesia, logrando atraerse multitud de infelices.

Bah! Primero se seduce á los incautos y se sorprende á los tontos. Lo demás viene después.

Por algo dice el proverbio que por todas partes se va á Roma.

¿No nos dicen hoy todavía la mayor parte de los liberales que son muy católicos y aborrecen únicamente la superstición y el fanatismo?

No obstante, el liberalismo profesa odio satánico al Catolicismo, y le ha causado y está causando inmensos males, pero tanto se sabe que el número de los necios es infinito y que no es difícil atraerlos con palabras suaves.

La influencia mortífera del veneno que ocultan tales palabras, ya se dejará sentir cuando sea difícil aplicar el remedio.

De este modo ha logrado el liberalismo inficionar las costumbres, la literatura, las instituciones. De este modo ha logrado que en casi todas las naciones sin dominar el protestantismo, se experimenten las consecuencias de las doctrinas de Lutero, quizá en mayores proporciones que en los pueblos donde el protestantismo impera.

Triste es el estado de las sociedades y

no es el menor mal que las aqueja la impiedad.

Las más horribles consecuencias de la propaganda revolucionaria son esa tibieza de los que se llaman católicos y nada hacen en bien del catolicismo; el indiferentismo que hace á tantas gentes mirar con sonrisa desdeñosa las afrentas hechas á la religión; el desmentido amor á los intereses de la materia y el absoluto olvido de los intereses espirituales.

Cuántos hay que se llaman católicos y tienen dinero para el palco del teatro, para el traje elegante, para todos los placeres y todos los festines, y en cambio no dan un solo óbolo para remediar la triste situación del Padre común de los fieles.

Las insensatas predicaciones, los malos ejemplos, los libros impíos han producido su natural efecto de una manera lenta pero segura; han creado esa impiedad mansa que tantos daños causa, por lo mismo que parece que no causa ninguno.

Á los que profesan la impiedad mansa no los llaméis impíos, no; se atavian con frecuencia con el manto de la religión y se precian de católicos; pero son hombres del siglo y se burlan; no falta más de las ridiculezas de otros tiempos que tratan de resucitar los ultramontanos.

La impiedad mansa tiene sonrisas para los católicos y apretones de manos para los impíos; aborrece todas las exageraciones y está igualmente distante del ultramontanismo y de la demagogia; no asusta á nadie, ántes procura atraer á todos; asiste á Misa y á las logias; juzga lícitos todos los hechos consumados; aborrece las bullangas, y siempre tiene en la boca estas palabras: orden y libertad.

La impiedad mansa quizá no se atreve á derribar una iglesia, pero una vez derribada no tendrá inconveniente en comprar el solar para edificar un teatro; quizá no ose arrojar de sus casas á los religiosos, pero una vez arrojados, comprará sus casas y sus bienes, y aun convertirá

sus iglesias en estercoleros, todo, por supuesto, con muy buenas formas, con gran dulzura y suavidad.

La impiedad mansa no arrojará á Dios de sus altares, pero apoyará al que lo arroje, con tal que la bolsa suba y los negocios vayan bien.

La impiedad mansa es el mejor auxiliar de las sectas, porque suaviza la crueldad de los principios demagógicos para arraigarlos en el seno de las naciones.

EL PRESUPUESTO DEL PAPA.

Dos son las fuentes de donde deriva sus recursos el Vaticano: la renta que le producen sus capitales depositados en diversas instituciones financieras, y los piadosos donativos de los fieles de todo el orbe. Su capital tiene lucrativa inversión en bancos franceses ó ingleses; la mayor parte se halla colocado con los Rothschild, de París.

Las dádivas piadosas ó dinero de San Pedro, distan mucho de constituir un ingreso regular y uniforme. En años buenos han llegado á recaudarse ocho millones de francos, pero á veces no pasa de seis millones, habiendo casos en que no excede de cinco. La disminución háse observado principalmente en los años últimos, y se debe al descontento causado entre no pocos monárquicos franceses por la política pro-republicana de León XIII. Sólo Francia proporciona á la Santa Sede las dos terceras partes de su recaudación por este concepto, distinguiéndose siempre por su generosidad los monárquicos.

A pesar de todo, todavía son los prebendados franceses los que envían al Santo Padre las mayores cantidades, y no hace más de un par de semanas que se recibió en Roma una remesa de cien mil francos que el Obispo de Nantes giraba en nombre de su diócesis.

Las contribuciones de Italia son hoy harto limitadas; algunos centenares de miles de liras cada año á lo sumo. Es de notar que los romanos son los menos dadivosos, y ocasiones hay en que sólo se recauda alguna calderilla en ciertos templos de la Ciudad Eterna.

Las ofrendas de algunas cortes y príncipes europeos son cuantiosas. Austria contribuye con esplendor; ciertos personajes de los antiguos principados italianos no se quedan cortos; el conde de Chambord acostumbraba enviar 50,000 francos al año y el conde de París sigue con liberalidad su ejemplo.

Los católicos de países anglo-sajones, empiezan á contribuir con donativos muy importantes. Así Inglaterra, Austria y sobre todo los Estados-Unidos, aportan un contingente muy respetable para el Dinero de San Pedro, y con el desarrollo que está adquiriendo el catolicismo en esta República y la riqueza y generosidad de sus habitantes, es fácil prever que está llamada á figurar en primera línea.

El presupuesto total del Vaticano puede calcularse en poco más de siete millones de francos. De ellos medio millón se dedica al sostenimiento de la Casa Pontificia; 700,000 sirven para pagar á los cardenales que viven en Roma, sostenidos á expensas del Papa y cuyos emolumentos no bajan de 25,000 francos al año; 460,000 para socorrer á las diócesis pobres de Italia; 1,200,000 para escuelas y limosnas en Roma; 1,800,000 para las prefecturas; 1,000,000 para la Secretaría de Estado, comprendiendo el sostenimiento de las Nunciaturas, de las que las cuatro principales — las de París, Viena, Madrid y Lisboa — tienen asignado un presupuesto anual de 60,000 francos cada una, y finalmente, un millón y medio más sirve para pagar los sueldos de numerosos y diversos otros funcionarios.

En este presupuesto nada hay superfluo y es el resultado de muchas economías introducidas durante los años últimos por orden de León XIII.

Un dato para terminar: el jubileo epis-

copal del Papa le produjo donativos por valor de tres millones de francos.

El celebrado hace cinco años dió á Su Santidad 7 millones.

LOS ENEMIGOS DE LA IGLESIA.

¿Quiénes son los que niegan la existencia de Dios? Los que no pueden oír pronunciar su nombre sin demostrar el terror que este nombre les inspira. Y ¿qué son esos hombres que tienen miedo de Dios? Son esos que tiemblan y se ocultan de la guardia civil.

¿Quiénes son los que se revelan contra el dogma de las penas eternas? Aquellos que por su audacia y excesos demuestran más claramente la necesidad de las penas referidas y que les convendría que esos castigos no existiesen.

¿Quién dice que la Religión rebaja al hombre? El que cree que desciende del mono, que tiene al animal por hermano, la casualidad por dueña y maestra, las pasiones más criminales por regla, la nada por destino.

¿Quiénes son los que hablan continuamente de progreso? Los que quisieran volvernos al paganismo, exaltando sus tiranías, locuras y desenfrenos, y ponen á la vista de la juventud espectáculos que los mismos paganos hubieran rehusado á sus hijos.

¿Quién acusa á la Iglesia, maestra de las naciones, inspiradora de las artes, civilizadora del mundo, de ser enemiga de las luces? Aquellos que por todos los medios de que disponen, la hipocresía, la calumnia y la fuerza, la impiden que se muestre, hable y eduque.

¿Quiénes son los que reclaman á voces la difusión sin medida de la ciencia? Aquellos que llenos de orgullo, que pretenden saberlo todo, rechazan toda enseñanza que no venga de ellos, como si fuera del círculo que ellos ven, no hubiese nada verdadero, útil y real.

¿Quiénes hablan de abnegación por el pueblo y se apiadan en sus libros de los desheredados? Los que ponen toda clase de obstáculos ó las obras de caridad instituidas por la Iglesia para aliviar las miserias, no privándose ellos de ninguno de los goces de la vida.

¿Quiénes son los que rechazan á la Iglesia so pretexto de que rebaja el espíritu imponiéndole prácticas que ellos consideran ridículas? Aquellos que consultan en secreto á sonámbulos, no se atreven á sentarse en una mesa cuyo número sea trece, ni principiarían por nada del mundo un trabajo en martes.

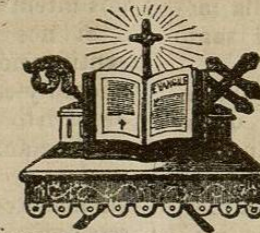
¿Quiénes son los que dicen que todas las religiones son buenas? Los que no practican ninguna y toleran todos los cultos, persiguiendo con odio la religión católica, por ser la única que no puede aprobar la vida sensual.

En general ¿quiénes son los enemigos más encarnizados de la Iglesia? Los ignorantes, que no han estudiado nunca la religión y que combaten sin saber ni conocer lo que atacan apoyándose en doctrinas que no son de la Iglesia ó en hechos que se han desnaturalizado. Un poco de catecismo, de filosofía y de historia les ayudaría á razonar con más lógica; á éstos se dirigía Pascal cuando decía: "que aprendan siquiera la religión que combaten, antes de combatirla." Los orgullosos, que no queriendo someter su propio juicio, pretenden no creer más que lo que ven, y miran con desdén á los que admiten los dogmas de la Religión. Los sensuales que quieren gozar sin estorbos. Los ladrones, más ó menos ocultos que no quieren restituir. Los cobardes y los tontos, que temen á la burla y no se atreven á obrar de distinto modo que los demás.

Examinemos y estudiemos á esos hombres que se muestran como enemigos de la Iglesia, y veremos cómo pertenecen á alguna de las categorías que acabamos de indicar. Por consiguiente, es prudente, digno, razonable, escucharles y dejarse guiar por ellos?

COLECCION

DE DOCUMENTOS



ECLESIASTICOS.

Aut. Imp. de N. Parga. --D. Juan Manuel R.

RESP. JESUS BERRUECO.

TOM. VII.

GUADALAJARA, MARZO 22 DE 1894.

NUM. 54.

SECCION III.---VARIEDADES.

A nuestros muy amados compañeros y hermanos los Sacerdotes Católicos.

En lo que vamos á expresar, procuraremos exponer con la claridad posible, la doctrina acerca de la santidad sacerdotal, los medios que deben adoptarse, los motivos que á ello obligan y las razones generales y de actualidad que deben servir de estímulo á trabajar sin descanso, á fin de conseguir la perfección de nuestro estado y la salvación de las almas.

Las necesidades actuales de la Iglesia, nuestra madre, son apremiantes; cuyo remedio, después de Dios, está encomendado á los sacerdotes. Vosotros, amados compañeros, que emprendisteis la carrera en el ejercicio de las graves y nobles funciones del sacerdocio, parece ser que estais llamados en primera línea á contribuir con prudente celo al remedio de tantos males.

Un vasto campo se ofrece á vuestra vista, en donde, como operarios del Gran Padre de familia, podéis cosechar con abundancia. No desmayéis ante las dificultades; el desaliento en estos casos es condición de los cobardes. Fuertes y ani-

mosos con el auxilio divino, estad en la persuasión de que lograréis separar el trigo de la cizaña, ofreciendo ópimos frutos, con lo cual mereceréis bien á los ojos de la sociedad, gran de estima en la Iglesia, y las bendiciones de Dios.

Si el presente ofrece dificultades y exige sacrificios, el porvenir será de descanso y de grandes consuelos.

Luchemos en tan noble lid, pues de nuestra parte están la verdad y la justicia; que si hemos de ser coronados de gloria, primero hemos de entrar en la batalla.

Non coronabitur, nisi qui legitime certaverit.

I

Motivos de gran esfuerzo para la santificación y celo.

La época que atravesamos, las circunstancias que nos rodean y el estado actual de la Iglesia, se distinguen por un doble carácter digno de estudio, á fin de conocer bien las múltiples necesidades que reclaman del sacerdote santidad y celo. En efecto; de una parte las sectas impías atacan al catolicismo con una tenacidad satánica que no perdona medio, juramentándose para destruir, en lo posible, la fé que resta entre nosotros. En otra parte presenciamos, no sin grandí-